

GRILLO, Paolo. *Las puertas del mundo. Europa y la globalización medieval*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2025. 260 pp. ISBN: 979-13-87705-10-7.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/h4vq2p27>

Con este título de *captatio* que, a primera vista, puede sonar, cuanto menos, anacrónico, Paolo Grillo se suma a la popular escuela historiográfica de la *world history*, siguiendo la estela de Janet Abu-Lughod, quien ya en 1989 prefiguró en su obra *Before European Hegemony* un fenómeno de interconexión global trenzado entre 1250 y 1350, y bautizado como el *world system*. Esta idea ha inspirado y ha sido tratada, a veces tangencialmente y otras directamente, en publicaciones recientes de historiadores como Marie Favereau o Anthony Bale. Paolo Grillo, investigador de la Universidad Estatal de Milán, experto en el mundo urbano del norte de Italia y su conflictividad, con títulos como *L'ordine della città. Controllo del territorio e repressione del crimine nell'Italia comunale, Milano guelfa (1302-1310)* o *Le strutture di un borgo medievale: Torno, centro manifatturiero nella Lombardia viscontea* sale del ámbito comunal para adoptar una perspectiva universal, explorar los horizontes que trazaron los europeos y ensanchar las fronteras del mundo medieval más allá de la Europa occidental, con el objetivo de hacernos conscientes de la complejidad y el alcance de los vínculos entre espacios que, en los siglos XIII y XIV, estaban más cerca de lo que parece.

A modo de introducción, Paolo Grillo expone un caso paradigmático sobre el comercio internacional: el marfil. Un material costoso que se empleaba en la facturación de objetos suntuarios y cuyas fuentes procedían de los confines más septentrionales y meridionales del mundo conocido, dependiendo si se cazaban morsas o elefantes respectivamente. Basándose en evidencias arqueológicas, el autor dibuja una emboriada línea entre el yacimiento de L'Anse-aux-Meadows, un asentamiento nórdico en Terranova, y el reino de Mapungubwe, entre los ríos Zambeze y Limpopo, y cuyo punto neurálgico de consumo eran los emporios europeos. Sin embargo, el autor advierte que, a principios del siglo XIV, por diversas causas, se produjo una alteración de las rutas comerciales y el consumo de marfil de morsa descendió en favor del de elefante, reflejando, de esta manera, cómo, indirectamente, el impacto de la

piedra en el estanque expande sus hondas a todas las orillas: un leitmotiv que acompañará al lector a lo largo de toda la obra.

A continuación, en lo que propiamente es el primer capítulo, el autor explica cuál era la cosmovisión medieval previa a la construcción de aquel mundo global, y lo hace mediante la cartografía. Gracias a ella expone una geografía imaginada, la de los mapas en T, más vinculada a lo maravilloso, devocional y simbólico que a la representación de la realidad física y tangible, plagada de criaturas míticas como los esciápodos, los himantópodos, los blemios o los cinocéfalos. Todo empieza a cambiar en el siglo XII gracias a las contribuciones islámicas como el *Libro de Roger* de al-Idrisi y el contacto de los cruzados con Oriente. Para cerrar el círculo de este libro, Grillo presenta en el capítulo XIX los resultados de las exploraciones llevadas a cabo por un nutrido número de viajeros que protagonizan esta obra y que dieron cuenta de sus hallazgos, plasmando su conocimiento en libros de viajes y en una cartografía mucho más precisa, detallada y realista, sustituyendo a aquellas criaturas por nombres de ciudades y puertos como, por ejemplo, el lujoso *Atlas catalán*, es decir, una geografía menos divina y más humana.

El resto de los capítulos aparecen estructurados siguiendo un orden cronológico y geográfico, de acuerdo con el sistema de circuitos que planteó Janet Abu-Lughod, a los que Paolo Grillo incluye otros que en la obra *Before European Hegemony* no habían sido tenidos en cuenta, como el del río Níger. El primero de ellos, el más extenso, abarca los capítulos II-XII, y está dedicado al complejo crisol multicultural gobernado por los mongoles, un vasto espacio que se extendía a lo largo y ancho de las estepas euroasiáticas, desde el Volga hasta el Yangtsé y desde Karakórum hasta Siria. Desde sus primeras razias en Europa oriental en 1241 hasta la consolidación del Ilkhanato y el establecimiento de agentes comerciales, mayoritariamente italianos, en las plazas de Tabriz y Soltaniyeh, en el capítulo XII. No es casualidad que sea a este bloque al que el autor dedique la mayor parte de su obra, ya que fueron los mongoles los artífices de esta globalización. Para mostrarlo al lector, el autor emplea, principalmente, los testimonios de una serie de mercaderes, agentes comerciales, frailes en misión evangelizadora, embajadores, etc., casi todos ellos italianos, que demuestran cómo lo extraordinario no era el trasiego de gentes, a veces movilizadas de forma forzosa como refugiados o esclavos deportados, otras voluntariamente como aventureros en busca del enriquecimiento material o espiritual, sino que esas fuentes hayan llegado hasta nosotros.

Finalizado este gran bloque, Grillo se adentra en el capítulo XIII en un mundo más hostil a los europeos y ajeno al control mongol: India. Este

territorio, percibido por los cristianos como aquel en el que evangelizó santo Tomás, estaba caracterizado por las frecuentes disputas entre musulmanes y la población que practicaba un amplio abanico de cultos brahmánicos. Esto, sumado al calor, los monzones y las enfermedades no presentaba un espacio halagüeño para que los europeos se instalaran como sí habían hecho en las estepas euroasiáticas y China. Sin embargo, algunos soberanos como el sultán de Delhi, Muhammad Tughluq, o el príncipe Ravivarmán de Kollam, actual Kerala, estimularon la llegada de misioneros y mercaderes venecianos y genoveses; una presencia que, sin embargo, nunca dejó de ser marginal ya que estas aguas siguieron estando dominadas por embarcaciones locales.

Los siguientes cuatro capítulos están dedicados a África, a cómo algunos de sus soberanos tomaron la iniciativa de llevar a cabo contactos directos con el Mediterráneo y los océanos Índico y Atlántico. Los circuitos en los que el autor pone el foco de atención son: Etiopía en conexión con el Mediterráneo y el océano Índico en el capítulo XIV, el norte de África desde Alejandría a Ceuta, las rutas caravaneras entre el río Níger y el estrecho de Gibraltar, siendo Timbuktu el epicentro de esa red comercial y Mansa Musa su artífice, y los ríos Zambeze y Limpopo como cunas de la civilización del Gran Zimbabwe al principio del capítulo XVII. El exhaustivo análisis de Grillo a través de la documentación italiana y libros de viaje como la *rihla* de Ibn Battuta no es suficiente para desvelar todas las incógnitas que emergen de las lagunas sobre la compleja historia de las culturas africanas al sur del Sahel; aunque las evidencias arqueológicas no dejan lugar a duda de su participación en un comercio global cuyo alcance aún se sigue investigando. Grillo hace hincapié en desmontar la asentada teoría eurocéntrica, de la que aún seguimos muy influenciados, que presenta a los europeos como agentes descubridores del resto del orbe, dando un giro a esta afirmación a través de curiosas noticias como la embajada etíope enviada a Fernando IV de Castilla y al papa Clemente V en 1312, recogida por los clérigos Giovanni de Carignano y Galvano Fiamma, para unir fuerzas en su lucha contra los mamelucos, o la empresa del archiconocido soberano de Mali en el Atlántico para encontrar una ruta oceánica que conectase directamente con los puertos italianos, prescindiendo de los intermediarios caravaneros.

Paolo Grillo dedica el penúltimo capítulo a explicar las causas de la coyuntura que puso fin a los lazos comerciales y que, como todo acontecimiento, constituye una realidad poliédrica en la que intervienen muchos factores correlacionados. Del mismo modo que los mongoles fueron el motor del mundo globalizado, el desmoronamiento de las dinastías herederas de Gengis Khan en el siglo XIV supuso la quiebra del sostenimiento

de las grandes redes comerciales. Redes que no habían estado exentas de conflictos, pero que en el siglo XIV alcanzaron una escala mayor como la Guerra de los Cien Años, las disputas marítimas entre genoveses y venecianos, las guerras civiles bizantinas, etc. Factores como la desviación de grandes cantidades de plata del circuito europeo para su exportación, el descenso de manufacturas locales en emporios comerciales como El Cairo, a favor de productos extranjeros, las grandes hambrunas del norte de Europa, el cambio climático conocido en la historiografía como la Pequeña Edad de Hielo y la difusión de la peste son, de acuerdo al autor, causas que explican la pérdida de interés de los occidentales en los mercados orientales y el repliegue hacia el Mediterráneo, el mar Negro y el Atlántico.

Concluye la obra con una serie de ideas subyacentes que el lector puede extraer de los pasajes que el autor ha ido citando en los capítulos anteriores. El cambio de la cosmovisión que los europeos tenían antes del siglo XIII, una mayor comprensión del mundo que les rodeaba y la accesibilidad a nuevos horizontes, todo ello propiciado por los mongoles y por ese gran número de viajeros cuyos testimonios, escritos en lenguas vernáculas, favorecieron la accesibilidad a un público más amplio y desmitificaron las afirmaciones de las *auctoritates* clásicas. Como remate final, el autor subraya la percepción que los europeos tenían del otro: nunca basada en un complejo de superioridad racial, constructo este del imperialismo de los siglos XIX y XX, sino conscientes de vivir en la periferia de mundos civilizados y, en ocasiones, mucho más desarrollados tecnológicamente, hacia los que muestran extrañeza e incluso admiración. Si se daba algún tipo de desprecio, este era de índole religiosa o por sus costumbres, nunca por el color de piel o rasgos físicos.

La obra de Paolo Grillo, en definitiva, constituye un pormenorizado y sistemático estudio que reúne los últimos hallazgos, investigaciones documentales e interpretaciones sobre la historia global de los siglos XIII y XIV. Se trata de una lectura amena, plagada de citas de fuentes primarias, sumamente reveladora, que nos obliga a los historiadores a no perder de vista un complejo mundo interconectado e influido entre diversas sociedades, mucho antes de la eurocéntrica y controvertida denominación historiográfica de la “Era de los descubrimientos”, a reflexionar sobre la cosmovisión medieval y a revisar la óptica que se tenía de los otros.

Carlos Gutiérrez Martín  
Universidad de Valladolid  
[carlos.gutierrez.martin@uva.es](mailto:carlos.gutierrez.martin@uva.es)